

# Roger Scruton. In Memoriam

JORGE ROARO

**E**L NÚMERO ESPECIAL DE *DISPUTATIO*, dedicado a la tradición humanista y a la retórica que se publicó hacia finales de 2019, debería haber contado con una entrevista con el célebre filósofo inglés Sir Roger Scruton como su pieza central y broche de oro para completar este número monográfico. La entrevista contenía diecisiete preguntas, preparadas por mí y por Eduardo Cesar Maia, y trataba específicamente sobre los aspectos más fundamentales de la tradición humanista y su relevancia en nuestra propia época. A nosotros, como editores de este número de *Disputatio* sobre el Humanismo, nos interesaba mucho todo lo que Sir Roger, sin duda uno de los más grandes humanistas de nuestro tiempo, pudiera aportar, con su reconocida erudición y agudeza, a nuestra exploración de los caminos del humanismo contemporáneo. Ciertamente, Sir Roger siempre fue amable y generoso con nosotros, y a lo largo de estos últimos años, accedió a la publicación y traducción de sus artículos cada vez que se lo solicitamos, de tal modo que sus escritos enriquecieron nuestras páginas con frecuencia, con muestras contundentes de la variedad y amplitud de sus intereses, y en especial, con el valor de sus reflexiones filosóficas sobre arte, música y poesía. Y también con la entrevista sobre el Humanismo se hizo presente esta actitud generosa de Sir Roger, quien no solamente aceptó responder nuestras preguntas, sino también que la sesión fuese grabada debidamente, para poder contar con un registro en vídeo en apoyo al material escrito que aparecería en la revista. Desafortunadamente, la entrevista nunca llegó a realizarse. Nosotros propusimos la entrevista en julio de 2019, y aunque Sir Roger aceptó la propuesta y recibió nuestro cuestionario, su mala salud impidió seguir adelante con el proyecto. Sir Roger tenía cáncer, y en esos días acababa de terminar un agotador tratamiento de quimioterapia y se encontraba en un ineludible estado de reposo total —algo difícil de sobrellevar para un hombre tan activo como era él—, de modo que fue necesario esperar a que su salud mejorase para volver a plantear la posibilidad de la entrevista. En noviembre ésta fue cancelada definitivamente, y en enero recibimos la triste noticia del fallecimiento de Sir Roger. Su muerte nos ha dejado realmente consternados y tristes.

J. Roaro (✉)  
Universidad Autónoma de Madrid, España  
e-mail: jorge.roaro@gmail.com

Disputatio. Philosophical Research Bulletin  
Vol. 9, No. 15, Dec. 2020, pp. 1-11  
ISSN: 2254-0601 | [SP] | **REMEMBRANZA**

La desaparición de Roger Scruton deja un enorme vacío en el panorama filosófico contemporáneo, un vacío que será imposible de superar en el futuro inmediato, pues realmente hay muy pocos pensadores hoy en día que puedan compararse a él en el papel fundamental que desempeñaba en la discusión y debate de ideas esenciales, no solamente para la filosofía, sino para nuestra civilización en general. Sir Roger, ciertamente, era reconocido internacionalmente por su extensa cultura, su erudición en muchos y diversos temas —además de la propia filosofía, él destacaba por sus conocimientos en arte, música, poesía, literatura, arquitectura, política, historia y religión—, y su capacidad natural para hablar y escribir sobre cualquiera de estos temas, en forma clara, elegante y elocuente. Nuestra época, desde luego, no tiene problemas en producir especialistas con un amplio dominio de cualquiera de estos temas, que también hacen gala de extensos conocimientos y saberes eruditos: lo que es verdaderamente inusual, sin embargo, es que una sola persona llegue a dominar tantos campos del saber con una soltura y seguridad como las que caracterizaban a Sir Roger, quien nunca aceptó limitarse al papel de un simple especialista, sino que aspiraba siempre a una cultura amplia, extensa, diversa, enriquecedora, y por lo tanto, verdaderamente humanista. Además, todos estos conocimientos fueron puestos al servicio de un espíritu generoso y siempre dispuesto a difundir sus ideas y valores entre el público general, con un lenguaje elegante y bien cuidado, pero al mismo tiempo, accesible, claro y perfectamente comprensible para cualquier lector educado, sin ninguna necesidad, o deseo, de que estos lectores tengan que ser conocedores, o hasta especialistas, en un lenguaje técnico complicado y rebuscado para poder entender los escritos filosóficos de Sir Roger. El que Scruton fuese capaz de dar a conocer sus ideas filosóficas o sus reflexiones artísticas y culturales en un lenguaje claro y directo, perfectamente comprensible para el público general, es otra gran virtud humanista que resulta, sin ninguna duda, extremadamente inusual en el mundo contemporáneo de los especialistas, y sobre todo, de los filósofos académicos.

Sin embargo, no es esto —o no principalmente— lo que determina que Scruton sea, como acabo de afirmar, irremplazable (al menos en el futuro inmediato) en el panorama filosófico contemporáneo, y que su fallecimiento deje un vacío tan grande como el que efectivamente ha dejado. La verdadera diferencia, y la auténtica virtud que separa a Scruton de casi todos los filósofos que trabajan hoy en día en las Facultades y Departamentos de Filosofía de todo el mundo, es la gran valentía personal con la que Sir Roger expresó siempre sus opiniones, ideas y convicciones personales, sin miedo a que fuesen impopulares o contrarias a los dogmas ideológicos dominantes en la academia

contemporánea. Sin duda, si hubo algo que siempre caracterizó el pensamiento y la obra de Roger Scruton fue la combinación de sus dos virtudes más evidentes en su carácter personal, es decir, una gran lucidez para reflexionar sobre los verdaderos fundamentos y características de nuestros valores culturales (en un sentido moral, intelectual y estético), y el valor y coraje para defender esos valores, en cualquier circunstancia y ante cualquier opositor, aun en las condiciones más adversas.

Scruton siempre luchó por todo aquello que él consideraba justo, y defendió con pasión los valores tradicionales que alimentaron la cultura occidental y que sustentan nuestra civilización, y lo hizo sabiendo perfectamente que estaba desafiando al sistema académico y cultural del cual dependía su propia carrera y su propia posición en el mundo filosófico contemporáneo. Evidentemente, muy pocos, si alguno, entre los filósofos profesionales —es decir, aquellos que trabajan como profesores de filosofía o investigadores en las universidades e institutos de estudios académicos— se atreven a desafiar realmente las convenciones y los dogmas ideológicos que dominan la vida cultural, y sobre todo la vida académica, de su propia sociedad y su propia época, y se conforman con «desafiar» cosas que ya de entrada son condenables desde la perspectiva de la ideología dominante, mientras que aplauden servilmente todas las modas y tendencias —el lenguaje de la «corrección política» es un ejemplo obvio— que impone esa misma ideología. El que Roger Scruton realmente haya estado dispuesto a desafiar los dictados ideológicos de moda hoy en día, aun a costa de sacrificar su propia carrera académica, dice mucho de su carácter moral, y de esa valentía personal que estoy resaltando aquí.

Primero fue la oposición clara al marxismo dogmático que, bajo diferentes nombres y envoltorios teóricos, dominaba la vida universitaria en todo Occidente en los años 70 y 80, oposición que para Roger Scruton significó su marginación total en su propia universidad, Birkbeck College, en Londres, y la ruptura de sus lazos con su *alma mater*, Cambridge. Más tarde, en los años 90 y siguientes, fue la decidida negativa de Scruton a seguir el juego a las imposiciones institucionales que decretan que hay ideologías *intocables*, que sencillamente no pueden ser cuestionadas por nadie —e.g., el feminismo, el igualitarismo, el multiculturalismo, el liberalismo, el populismo «democrático», el discurso de los «derechos» de las minorías, etc.—, y que, justamente al ser cuestionadas por Scruton, convirtieron al filósofo inglés en una especie de «enemigo público» a ojos de aquella clase política e intelectual que se tiene a sí misma por «liberal». El resultado de esto fue una verdadera guerra sucia de calumnias, de mentiras descaradas y de distorsiones grotescas de las ideas defendidas por Scruton, que llevaron a cabo diferentes medios públicos de comunicación en Gran Bretaña,

especialmente los defensores del discurso de la «corrección política», y que no trataban en absoluto de refutar las verdaderas ideas de Scruton, sino simplemente de silenciarlo mediante el recurso barato de destruir su reputación, atribuyéndole todo tipo de falsas actitudes de «racismo», de «homofobia», de «sexismo» y «machismo», de «imperialismo», de «islamofobia», y de otras tonterías convertidas en etiquetas descalificadoras y superficiales, usadas con mezquindad y vileza para calumniar a Sir Roger sin necesidad de responder a ninguno de sus cuestionamientos. Basta ver el tipo de editoriales y artículos de opinión que publicaba la prensa de «izquierda» en Gran Bretaña en los meses anteriores a su muerte, desde la entrevista distorsionada y tergiversada con Scruton que publicó el periódico *New Stateman*, hasta las diatribas tóxicas de *Morning Star*, o las caricaturas y parodias grotescas de *Private Eye*, para comprobar que la mayor parte de los enemigos ideológicos de Scruton no se tomaban la molestia de analizar, entender, y mucho menos refutar, las ideas del filósofo, sino que se limitaban a insultarlo y ridiculizarlo en la forma más abyecta posible. En contraste, hay que reconocer que también Scruton podía emplear contra sus opositores ideológicos un lenguaje duro de descalificaciones definitivas, pero con una diferencia fundamental: Sir Roger jamás recurrió, en ninguno de sus escritos, a los ataques personales dirigidos contra un individuo concreto, pretendiendo acusarlo de falta de inteligencia, de moral o de principios, sino que se concentró en hacer un análisis crítico de sus ideas y teorías, las cuales exponía objetivamente, tratando de explicar sus premisas y conclusiones tan fielmente como le era posible, y solamente *después* de esta explicación objetiva y razonable, en sus propios términos, de las ideas de sus adversarios, es que Scruton refutaba *con argumentos* claros y precisos estas ideas. Esta fundamental honestidad intelectual de Scruton para enfrentarse a sus adversarios fue, en su mayor parte, algo enteramente unilateral, ya que los enemigos de Scruton prácticamente nunca mostraron algún rasgo de reciprocidad en esto.

Ciertamente, es verdaderamente inusual que un filósofo reciba semejante atención de la prensa en estos días, y el hecho de que Sir Roger fuese el blanco frecuente de este tipo de ataques es una buena demostración del tipo de alcance real que tenían los argumentos de Scruton —a diferencia de los de prácticamente todos los filósofos académicos actuales— en la sociedad de su país. Esto habla mucho del carácter humanista que se hace patente en la vida y la obra de Scruton, pues, en efecto, es un postulado fundamental del ideal humanista el asumir que debe haber una verdadera congruencia entre lo que se predica filosóficamente y lo que se hace socialmente, de tal modo que la vida personal de una persona debe ser una extensión natural de sus valores y virtudes morales e intelectuales. En contra de la imagen habitual del filósofo encerrado en su torre de marfil,

pontificando cómodamente desde la seguridad de su despacho universitario, Roger Scruton no rehusó nunca los riesgos y peligros propios de la confrontación directa en defensa de sus ideales y en contra de cualquier aparato represor. Un ejemplo inmejorable de esto fue la actividad clandestina que llevó a cabo Roger Scruton en varios países al otro lado de la Cortina de Hierro, en los años 80, en plena Guerra Fría, para poder introducir en los países de Europa del Este, en ese entonces bajo el control totalitario de la Unión Soviética, los libros, apuntes, traducciones, grabaciones y demás material de estudio, necesarios para que los estudiantes de filosofía del Este pudieran estudiar filosofía con seriedad, con un libre acceso a las fuentes originales del pensamiento filosófico occidental, sin el ominoso filtro de la ideología marxista *interpretando* cada texto de acuerdo a su propia conveniencia. Así, en una operación internacional iniciada y coordinada por el disidente checo Julius Tomin, Roger Scruton se convirtió en el principal agente *filosófico* en desafiar el totalitarismo intelectual soviético marxista en Europa del Este, viajando con frecuencia a varias ciudades del Este, introduciendo secretamente libros de filosofía, de arte y de poesía, a través de valija diplomática, para luego copiarlos y distribuirlos a través de una red de amantes de la filosofía, compuesta por profesores y estudiantes, y organizar lecturas y conferencias clandestinas, impartidas por el propio Scruton, para enseñar y discutir las ideas fundamentales de la tradición filosófica occidental desde la Antigüedad Clásica hasta nuestros días, sin los filtros ideológicos del marxismo soviético. Y, aunque finalmente Scruton fue descubierto y expulsado por las autoridades comunistas checas, es indudable que sus esfuerzos tuvieron importantes consecuencias para garantizar la sobrevivencia de la filosofía y la libertad de pensamiento frente a un dogma totalitario y un discurso ideológico hegemónico en esos países, tal como quedó señalado por los varios reconocimientos y condecoraciones que le fueron concedidos a Sir Roger en los años siguientes al colapso soviético por parte de los gobiernos de Checoslovaquia (y posteriormente por el de la República Checa), Polonia y Hungría, todos ellos por reconocimiento al mérito y valor de Scruton para promover el diálogo filosófico libre y sin ataduras ni mordazas ideológicas.

Hay muchos otros ejemplos de la forma en que Roger Scruton se podía involucrar personalmente en la defensa de los valores morales, culturales y estéticos en los que siempre creyó, a través de todo tipo de actividades poco usuales para un filósofo hoy en día (Scruton, entre otras cosas, escribió novelas y cientos de artículos periodísticos, compuso óperas, escribió libros y artículos sobre el vino, gastronomía y cacería, defendió proyectos de renovación urbana y presidió comisiones de arquitectura, fundó empresas de consultoría de negocios, fundó editoriales y editó su propia revista, *The Salisbury Review*, escribió tratados

de sexología e hizo crítica musical, literaria y cinematográfica), que muestran claramente el amplio rango de intereses y temas que despertaban el entusiasmo de Sir Roger —de nuevo, un rasgo nítidamente humanista—, y que le hacían conectarse decididamente con las actividades y debates sociales característicos de nuestros tiempos.

Filosóficamente, Roger Scruton inició su carrera como un filósofo analítico interesado en la filosofía del lenguaje y la filosofía de la mente —hizo su tesis doctoral en Cambridge con Elizabeth Anscombe, de manera que desde el primer momento tuvo una fuerte influencia wittgensteiniana en su forma de analizar las reglas y posibilidades expresivas del lenguaje—, pero sus reflexiones filosóficas estuvieron desde el primer momento enfocadas en los temas que verdaderamente le interesaban, es decir, las reflexiones estéticas sobre el arte, la música, la poesía y la literatura. Su tesis doctoral se tituló *Arte e Imaginación: Un estudio en la Filosofía de la Mente*. En poco tiempo, sin embargo, el carácter humanista de Roger Scruton se cansó de las limitaciones y aridez de la filosofía analítica, y Spinoza, Kant y Hegel se convirtieron en los verdaderos pilares que sustentaron su doctrina filosófica —sin por ello abandonar las lecciones de Wittgenstein—, enfocando sus reflexiones en la estética, la filosofía del arte, y la filosofía moral. Sus inclinaciones humanísticas y eclécticas chocaban, evidentemente, con la usual metodología analítica, con su desinterés por los temas de la experiencia humana en el mundo, de manera que Sir Roger se permitió ocasionalmente ironizar sobre el asunto: en un escrito de 2012 —«Confesiones de un francófilo escéptico», en *Philosophy*—, él declaró lo siguiente: «Sigo impresionado por el semblante enflaquecido y marchito que la filosofía rápidamente asume cuando se aleja del arte y la literatura, y no puedo abrir una revista como *Mind* o *The Philosophical Review* sin experimentar un hundimiento inmediato del corazón, como al abrir una puerta a una morgue».

He mencionado aquí varias veces el carácter eminentemente humanista de Roger Scruton, presente tanto en su vida personal como en su obra; sin embargo, el propio Scruton no se presentaba a sí mismo como un humanista, sino como un *conservador*. Esto amerita alguna reflexión de mi parte. Desde luego, «conservador» y «humanista» no son sinónimos, y existen muchos conservadores que no son humanistas, y también un cierto número de humanistas que no son conservadores. Sin embargo, en la forma en que Sir Roger entendía y explicaba su conservadurismo, es muy claro que hay una relación directa entre ambas cosas, y esta relación consiste en que ambas dependen del deseo y voluntad por defender los mismos valores fundamentales que han hecho posible la civilización occidental. (Como es natural, una de las preguntas de nuestra malograda entrevista se refería precisamente a este punto, para que fuese el mismo Sir Roger

quien explicara su modo de entender la relación entre humanismo y su propia forma de conservadurismo, pero como no llegamos a tener su respuesta, no me queda sino ofrecer aquí mi propia interpretación).

Sir Roger contó detalladamente en varios de sus escritos la forma en que nació su dedicación al conservadurismo: encontrándose en París en mayo de 1968, fue testigo en forma directa de la violencia vandálica de los estudiantes parisinos que querían «acabar con el sistema» y que se dedicaban a «desafiar a la autoridad», sintiéndose héroes y «revolucionarios», y que no encontraban un mejor modo de hacerlo que quemando automóviles y autobuses, destrozando monumentos públicos, comercios y las propias aulas universitarias, pintarrajeando edificios con consignas revolucionarias, y arrancando los adoquines de las calles para arrojarlos contra los policías. El joven Scruton era él mismo, en esa época, un estudiante universitario idealista y lleno de pasión juvenil, con ansias de mejorar el mundo y de emprender acciones significativas; sin embargo, pese a sus puntos comunes con los exaltados estudiantes parisinos, él no se sintió identificado con ellos en ningún momento, pues no experimentaba ningún placer o satisfacción en esa violencia gratuita ni en ese gusto por desafiar a las autoridades y las leyes. Más bien, fue todo lo contrario: la visión de los monumentos dañados y vandalizados, las propiedades destruidas y las personas golpeadas le produjo angustia e indignación, y un sentimiento de profundo rechazo por este tipo de acciones violentas e insensatas, amplificado por el hecho de que, al cuestionar a sus amigos franceses sobre sus razones para actuar así, los estudiantes parisinos no pudieron ofrecer ninguna razón ni justificación, más allá de repetir mecánicamente eslóganes marxistas y lugares comunes de desprecio contra «la burguesía». Fue en ese momento cuando Scruton reflexionó intensamente sobre los valores morales en los que creía y deseaba defender, y asumió con toda claridad que él no deseaba destruir cosas —monumentos, edificios, obras de arte, tradiciones, costumbres, leyes, y sobre todo, valores morales— sino todo lo contrario, deseaba protegerlas y *conservarlas*. El espíritu *conservador* de Roger Scruton se sostenía, por lo tanto, en la convicción moral de que tenemos una verdadera obligación de proteger y conservar todas las cosas buenas que nos han legado las generaciones pasadas, ya sean arte, edificios, monumentos arquitectónicos, tradiciones, leyes, conceptos e ideas, creencias religiosas o valores morales, y evitar que sean destruidas por la agresividad e intolerancia de los fanáticos ideológicos, por el mercantilismo capitalista y la obsesión por hacer dinero, por el culto al *progreso*, o a la modernidad, o por la frivolidad de las nuevas modas, o por la violencia de las revoluciones, o por la simple ignorancia, apatía e indiferencia de las nuevas generaciones. Es muy fácil destruir las riquezas del pasado que todavía perduran

en el mundo a nuestro alrededor, pero es muy difícil volver a crear nuevas riquezas culturales comparables a las que hemos perdido.

Así, el conservadurismo que defendía Sir Roger estaba basado en la noción de que estamos unidos a una cultura y a un legado histórico, artístico e intelectual muy concretos, que sostienen nuestros valores morales, y por lo tanto, nuestra verdadera identidad como *nación* (en el caso de Scruton, esta nación era, naturalmente, Inglaterra, junto con los valores morales, culturales y estéticos nacidos directamente de la historia inglesa, la lengua inglesa, el anglicanismo y todo lo particular a la civilización inglesa; pero, desde luego, el principio es igualmente aplicable para otras naciones y culturas con la misma necesidad de identificarse en sus propios valores), y que si permitimos que este legado se pierda, inevitablemente terminaremos perdiendo nuestra propia identidad como pueblo, y por extensión, como individuos. Se trata, entonces, de *conservar* nuestra propia identidad, en un sentido cultural, moral y estético, para seguir existiendo en el mundo. (Por esto, naturalmente, es que Sir Roger se oponía vehementemente a todos los discursos de moda hoy en día, como el «multiculturalismo», el igualitarismo, el revisionismo histórico, la exigencia de una «cultura globalizada», el sectarismo y las «identidades» cerradas de tribu social, etc., todas ellas tendencias destructoras de una idea de nación y de verdadera civilización). Para Sir Roger, no se puede pretender tener un verdadero desarrollo pleno, como personas individuales, si no estamos anclados en una cultura y una tradición específicas que forman una *comunidad*.

El Humanismo clásico, por su parte, desarrolla toda su visión ética del mundo a partir de la noción de la *perfectibilidad* del carácter y del espíritu humanos, cuya suma de virtudes es justamente la *Humanitas*, la predisposición virtuosa que lleva al hombre individual, por medio de la educación y el esfuerzo constante y disciplinado, a desarrollar un carácter moral y unos hábitos intelectuales que le permiten ser una parte activa y creadora de una sociedad civilizada. El ideal humanista se origina y sostiene en el esfuerzo individual, en la fuerza de la voluntad de cada persona por llegar a ser lo mejor que pueda ser, dentro de sus circunstancias concretas, por medio del ejercicio consciente y constante de la virtud aplicada a la mejoría del propio espíritu. Y, naturalmente, aunque el espíritu humanista parte necesariamente de las circunstancias concretas de cada individuo, de cualquier manera ese espíritu virtuoso ejerce su virtud *en y para* su sociedad, que es el único lugar posible donde cobran verdadero sentido las circunstancias en las que existe el individuo. Y es en este punto donde el ideal humanista hace contacto con los valores del conservadurismo de Roger Scruton. El Humanismo pone el acento en el esfuerzo individual para ser siempre mejor y más virtuoso; el conservadurismo scrutoniano en proteger y conservar las

virtudes que definen el carácter de una comunidad: al final, sin embargo, y a pesar de sus diferentes perspectivas y puntos de partida, ambos coinciden en defender los valores esenciales que representan el grado más alto de nuestra civilización.

Desafortunadamente, la frivolidad generalizada que impera en nuestra sociedad actual ha empobrecido, falsificado o prostituido estos términos y los conceptos que representaban, y ahora estas palabras significan muy poco, o nada, en boca de los agitadores sociales que dominan el discurso público en todas partes. Así, hoy se habla de «humanismo» sin querer referirse realmente a ninguna de las virtudes tradicionales del Humanismo, y se ha convertido a este término en poco más que un mero recurso para poder fingir cualidades inexistentes y reducirlo a un mero reclamo comercial para publicitar programas culturales o sistemas educativos que, en sí mismos, niegan todo el sentido real del verdadero espíritu humanista; por su parte, los términos «conservador» y «conservadurismo» han sido convertidos por la demagogia política populista de hoy en día prácticamente en *malas* palabras, en simples etiquetas ridículas de descalificación *a priori* de los políticos de «la derecha», especialmente en el mundo «liberal» anglosajón. Así, cuando la prensa estadounidense habla de un «conservador», desde luego que no piensa en un filósofo como Sir Roger Scruton, sino más bien en un delincuente político del tipo de Donald Trump o de George W. Bush, o algún otro sinvergüenza estadounidense asociado al partido Republicano, al movimiento evangélico y al Gran Capital.

Naturalmente, esta situación contribuyó bastante a crearle una mala reputación a Roger Scruton entre la gente acostumbrada a opinar sin primero informarse acerca de aquello sobre lo cual están opinando. Es indiscutible que muchos de los enemigos de Scruton jamás se tomaron la molestia de leer ni uno solo de sus libros o de escuchar sus conferencias y seminarios, sino que simplemente reaccionaban ante la etiqueta «conservador» que todos aplicaban a Sir Roger, empezando por él mismo. Desde luego, lo que Roger Scruton tenía en mente al hablar de *conservadurismo* era algo muy diferente a lo que la gente —sobre todo la gente «de izquierda»— suele imaginar al escuchar este término. El modelo conservador de Scruton era, en todo caso, algo mucho más cercano a Edmund Burke que a los Tories contemporáneos, y una demostración de esto se encuentra en el hecho de que los ideales morales y estéticos de Sir Roger resultaron igualmente lejanos y «sospechosos» para los políticos de «derecha» que para los de «izquierda». Es muy significativo el hecho de que, en el último año de su vida, Roger Scruton haya sido igualmente denunciado y atacado por los jóvenes Tories, quienes resultaron ser tan demagogos y populistas como los «izquierdistas», unos y otros igualmente dominados por el afán de explotar al

máximo el discurso *políticamente correcto*, verdadero cáncer de nuestra sociedad actual.

Al final, lo que nos queda es el peso del enorme legado intelectual de un hombre de gran honestidad intelectual, de una sensibilidad estética poco común hoy en día, de una cultura amplia, profunda y ecléctica, y de un valor a toda prueba para expresar sus ideas y convicciones con libertad, inteligencia, generosidad y determinación. Todas éstas son, indudablemente, virtudes humanistas. Y debe ser un motivo de reflexión, me parece a mí, el considerar por qué Roger Scruton, para poder ejercitar estas virtudes humanistas, tuvo que abandonar la academia y sus rígidas instituciones. Quizás el verdadero *humanismo* está más imposibilitado para sobrevivir en el mundo académico contemporáneo, con toda su carga de demagogia institucional e imposiciones ideológicas de los discursos políticos, de lo que normalmente se suele asumir. En todo caso, la obra de Sir Roger Scruton queda disponible para todos, o al menos, para todos los que tengan la sensibilidad, interés intelectual y una mente abierta para saber aprovecharla.




---

### **Roger Scruton. In Memoriam**

Last year, *Disputatio* published a special edition on the topic of Humanism and its relevance in the contemporary world. One key contribution to this project would have been an interview granted by Sir Roger Scruton, one of the eminent humanists of our time. Unfortunately the illness that cut his life short at the beginning of this year made it impossible for him to answer the questions related to Humanism that we had prepared for him. This piece, *In Memoriam*, is a very short reflection about the importance of the philosophical legacy of Sir Roger Scruton, humanist and eclectic thinker, and a defender of a classical conception of conservatism against these times of frivolity, superficiality and unthinking egotism.

**Keywords:** Humanism · Conservatism · Political Correctness · Philosophy and Beauty.

### **Roger Scruton. In Memoriam**

El año pasado, *Disputatio* publicó un número especial dedicado al Humanismo y a su relevancia en el mundo contemporáneo, y una parte importante en ese proyecto hubiera sido una entrevista con Sir Roger Scruton, uno de los humanistas más eminentes de nuestros tiempos. Desafortunadamente, la enfermedad de Sir Roger, que a principio de este año segó su vida, hizo imposible que él pudiera contestar las preguntas en torno al Humanismo que habíamos preparado. Esta pieza, *In Memoriam*, es una muy breve reflexión sobre la importancia del legado filosófico de Sir Roger Scruton, humanista y pensador ecléctico, y defensor de una concepción clásica del conservadurismo, como contraste a los tiempos de frivolidad, superficialidad y egoísmo irreflexivo que corren hoy.

**Keywords:** Humanismo · Conservadurismo · Corrección política · Filosofía y belleza.

---

**JORGE ROARO** es Doctor en Filosofía [≈ PhD] por la Universidad de Salamanca, España, con una tesis sobre la Escuela de Salamanca y el Renacimiento español. Actualmente trabaja en una segunda tesis, en Estudios Hispánicos, en la Universidad Autónoma de Madrid, sobre la concepción filosófica de la guerra justa en el pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Sus principales áreas de interés son el Humanismo renacentista español, la crítica humanista de la cultura, la filosofía e historia del arte, la filosofía del lenguaje, la relación entre literatura y filosofía, la reflexión sobre el problema filosófico de la guerra, y los dinosaurios. Es co-editor de la revista filosófica *Disputatio*.

**INFORMACIÓN DE CONTACTO | CONTACT INFORMATION:** Departamento de Antropología Social y Pensamiento Español, Universidad Autónoma de Madrid, Campus de Cantoblanco, 28049 Madrid, España. e-mail (✉): [jorge.roaro@gmail.com](mailto:jorge.roaro@gmail.com).

---

**HISTORIA DEL ARTÍCULO | ARTICLE HISTORY**

Received: 16-February-2020; Accepted: 26-May-2020; Published Online: 20-December-2020

---

**COMO CITAR ESTE ARTÍCULO | HOW TO CITE THIS ARTICLE**

Roaro, Jorge (2020). «Roger Scruton. In Memoriam». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 9, no. 15: pp. 1-11.

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2020